



Nueva Antropología

ISSN: 0185-0636

nuevaantropologia@hotmail.com

Asociación Nueva Antropología A.C.

México

Krotz, Esteban

La crisis permanente de la antropología mexicana

Nueva Antropología, vol. XIV, núm. 48, julio, 1995, pp. 9-18

Asociación Nueva Antropología A.C.

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15904802>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## La crisis permanente de la antropología mexicana

Esteban Krotz\*

---

---

### LA ANTROPOLOGIA Y LA CRISIS

Cuando hablamos de la crisis de la antropología, algo que hacemos con bastante frecuencia en nuestro gremio, tenemos que poner en claro sobre qué estamos hablando.

En primer lugar, lo que está en situación de crisis es la antropología, una disciplina científica. Aquí tenemos un primer problema, porque frecuentemente, cuando hablamos de disciplinas científicas, hablamos de éstas como de sistemas de enunciados. Es cierto, la antropología, como cualquier otra disciplina científica, puede verse,

en una primera aproximación, como uno o varios sistemas de enunciados.

Pero definir una ciencia de esta manera, sería un procedimiento muy limitado, porque se identificaría con uno solo de sus elementos.<sup>1</sup> Y es que los enunciados mencionados son resultados de determinados procesos de investigación. Por su parte, estos procesos de investigación son llevados a cabo por personas concretas con biografías únicas, con una ubicación particular en la estructura social, con una determinada relación histórica con el poder, etcétera. A esto se agrega que estas personas trabajan en determinadas instituciones que tienen sus ritmos, sus condicionamientos, sus fuentes de financiamiento,

<sup>1</sup> Esta concepción ha sido desarrollada más ampliamente en Krotz 1987.

\*Investigador de la Universidad Autónoma de Yucatán.

sus canales de comunicación y publicación. A su vez, estas instituciones forman parte de un país que tiene esta o aquella forma básica de organizar la producción y reproducción de conocimientos científicos. Y, finalmente, este país ocupa un determinado lugar en el conjunto internacional.

Sería completamente inadecuado si viéramos la antropología, cuando tratamos de analizar la crisis de nuestra disciplina, solamente como un sistema de enunciados. Tampoco sería suficiente, considerar todo lo demás, que se acaba de mencionar, como contexto, porque así se trataría de algo que le quedaría externo. Al contrario, hay que ver a la antropología como un proceso consistente de muchos elementos, un proceso de producción cultural, donde todos los aspectos mencionados, desde las biografías de los investigadores e investigadoras hasta su organización social a través de las instituciones de investigación, docencia, difusión y aplicación; y desde los organismos gremiales hasta las políticas de investigación gubernamentales en turno, forman parte de la antropología, es decir, son todas sus partes constitutivas.

Para aclarar esto, recordemos dos ejemplos recientes. Todos sabemos que en años pasados, cierto número de investigaciones se han hecho como se han hecho, únicamente porque en un momento dado el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología formuló determinadas *prioridades nacionales*. Aunque en realidad, muchos investigadores sociales tenían otros intereses, presentaron de repente proyectos que se ocupaban precisamente de estas temáticas

*prioritarias*; porque solamente con una *adecuación* a ellas podían obtener el financiamiento indispensable para trabajar. Otro ejemplo es el interés actual de muchos investigadores sociales por la situación de los Estados Unidos y las relaciones de México con Estados Unidos. Obviamente, este no nació de una determinada discusión teórica o algo por el estilo, sino que obedece a la importancia política del debatido Tratado Trilateral de Libre Comercio y, nuevamente, a la existencia de fuentes de financiamiento para investigaciones sobre esta temática.

Parece importante subrayar que presentar estos ejemplos no significa decir algo sobre la ciencia antropológica que no debería haber sucedido, algo negativo. Simplemente confirma que la ciencia, la antropología, consiste de muchos elementos. Por tanto, cuando hablamos de la crisis de la disciplina tenemos que hablar de todos estos elementos y ver como concurren en este proceso de producción cultural específico que llamamos antropología. Conviene agregar aquí que estamos ante un proceso de producción cultural, quiere decir, algo nunca acabado. Esto implica, que se trata de una actividad donde nunca se puede decir: *¡Esta es la verdad y punto!* Lo único que se puede decir, es *Esta es mi verdad. Yo tengo tales datos y tales argumentos, y si alguien no concuerda con mis conclusiones, entonces se lo voy a explicar de nuevo*. Aquí tenemos una diferencia importante con otros tipos de verdad, donde se puede decir que tal y cual cosa es así, porque así está escrito o porque así lo ha formulado determinada autoridad. En la ciencia, la situación

es distinta. La ciencia es un proceso permanente, diálogo-dialéctico, por principio abierto, donde todos estos elementos, que se acaban de señalar, tienen su lugar, contribuyen a conformarlo. Este es el carácter de la antropología, de la que se afirma que está en crisis de la que estamos hablando.

En segundo lugar es imprescindible aclarar el significado de *crisis*. Cuando decimos *crisis*, muchas veces no sabemos bien a qué nivel o aspecto preciso nos referimos.<sup>2</sup> *Fulano o fulana está en crisis*, se dice. Puede ser porque tiene problemas con su pareja o porque no le alcanza el dinero o porque no pasó el examen, son crisis de tipo personal. También está la crisis que proviene de que el *marco teórico* cruje demasiado al ser *aplicado* a la realidad estudiada. ¿Qué pasa entonces? Cuando uno ve que el problema no deriva de la incapacidad personal, entonces uno dice que es la antropología la que está en crisis. O cuando uno no encuentra trabajo, a pesar de saber hacer *antropología de calidad*. Si ésta a nadie le interesa lo suficiente para pagarla, entonces es *la antropología* lo que está en crisis.

Aquí también, como en el tema anterior, hay muchos aspectos que confluyen para que se hable de una *crisis*, y hay que distinguir la crisis personal de determinado individuo, de la de ciertas instituciones académicas, y ambas de la crisis de los paradigmas, de las crisis del país y de la economía mundial. No hacer estas distinciones

<sup>2</sup> En el volumen colectivo. *El concepto 'crisis' en la historiografía de las ciencias antropológicas* (Krotz comp., 1992) se abordan diferentes perspectivas respecto a situaciones de crisis en la antropología mexicana.

podría llevar a lo que se ha dado repetidamente: a una persona (ya) no le gusta la antropología por alguna razón estrictamente personal y en seguida produce un gran discurso acerca de que *la antropología* está en crisis.

Un último punto acerca del significado de *crisis*. Por lo general, cuando se habla de crisis, se indica con esto una situación que no debe ser, un estado de las cosas que no está como debe estar. Así, decir que alguien está en crisis suele significar que antes no estuvo así y que se espera que después tampoco y que está mal que ahora esté así, es una situación insatisfactoria. Es decir, se diagnostica una situación de carácter patológico. Efectivamente, también en la medicina se habla en este sentido de *crisis*. Al desvanecerse la crisis, se supone que regresa nuevamente una situación aceptable y hasta agradable o se pasa a la crisis definitiva que termina con el desvanecimiento del paciente. Esta es una forma común de ver la crisis.

Pero se puede entender *crisis* de otra manera. Se puede ver una crisis simplemente como una situación donde ciertos perfiles, ciertas identidades, ciertas seguridades, ciertos consensos pierden su fuerza.<sup>3</sup> Pero vistas desde una perspectiva posterior, son estas mismas épocas aquellas durante las cuales surgieron nuevas configuraciones, nuevos perfiles, nuevos consensos. En este sentido, crisis significa una situación de transición, en la cual algo deja de ser y al mismo tiempo surge algo nuevo.

<sup>3</sup> Nuevamente se nota que tan difícil es hablar de las cosas y de las situaciones sin connotación negativa *se pierde perfil, se pierde fuerza, acaba de decirse*.

Viendo *crisis* en este sentido, resulta patente que no tiene ningún sentido lamentarse de una crisis. Más bien, hay que analizar con detalle los diferentes aspectos de estas fases de transición y examinar cómo y porqué y con qué consecuencias, que elementos pierden vigencia y cuales nuevos la adquieren.

Lo anterior, empero, no implica decir que *todo es crisis*. Pero probablemente habría que dejar de distinguir situaciones de crisis y situaciones sin crisis y, en vez de esto, distinguir situaciones de mayor y de menor crisis.

Esto no es un simple juego de palabras. Más bien lleva al corazón mismo de las ciencias sociales. Porque ¿no son las ciencias sociales en general y la antropología en particular disciplinas donde lo que sus practicantes hacemos, siempre depende del proceso sociocultural que analizamos? Es decir, nuestras ciencias son en alto grado a posteriori, y nosotros solemos analizar las cosas después de haber sucedido. Por tanto, nuestras ciencias tiene que cambiar constantemente al igual que los fenómenos que estudiamos. En consecuencia casi podría decirse, que lo anormal, lo patológico sería que no hubiera crisis, o sea, la crisis es, en cierto sentido al menos, la situación normal en nuestras disciplinas. Sin embargo, podemos distinguir entre crisis mayores, donde el conjunto de la perspectiva disciplinaria básica, los límites de la comunidad científica particular y los perfiles institucionales específicos pierden vigor, y crisis menores, donde sólo alguno de estos elementos parece desvanecerse o donde incluso solamente una parte de uno de ellos, como suele decirse, *entra en crisis*.

Resumiendo puede decirse, que cuando hablamos de la antropología en crisis o de la crisis de la antropología, hablamos de un conjunto de personas llamadas antropólogos(as) que producen conocimientos antropológicos y que lo hacen en fases cambiantes, donde a veces es más difícil y a veces más fácil reconocer la identidad disciplinaria, establecer consensos acerca de los fenómenos bajo observación. Dado que forman parte del proceso que estudian y que éste está transformándose constantemente, también su disciplina tiene que estar permanentemente en crisis. Podría decirse, también, que la antropología es una secuencia de estados de transición, aunque algunos de éstos parecen más *normales* que otros.

#### UNA TEORIA DE DESARROLLO

Si todo es así como se acaba de señalar, entonces también es conveniente caer en la cuenta de que cuando hablamos de la antropología generada en México y de su crisis, estamos hablando de algo que todos nosotros estamos generando. No hablamos simplemente de los demás. Es fácil decir, por ejemplo, que a últimas fechas la antropología mexicana no ha generado paradigmas útiles. Significa que nosotros no estamos generando paradigmas útiles.

Si nos fijamos en los modelos teóricos hegemónicos en la antropología mexicana del último cuarto de siglo, la situación se ha modificado fuertemente a lo largo de este lapso. Caricaturizando un poco la época de enculturación discipli-

naria de la mayor parte de los ponentes en este evento, puede verse como una época en la que la teoría antropológica no constituía un problema real (tal vez era poco antropológica, pero esto es otro problema). Esta teoría se centraba en el análisis de las clases sociales, en el estudio de la situación latinoamericana y mexicana como región dependiente, en la atención a los fenómenos socioeconómicos, como la esfera donde se estaba causando la situación de miseria y explotación y donde, además, se estaba gestando el cambio esperado. La teoría estaba más o menos clara lo que faltaba eran los datos, y la antropología disponía de una herramienta interesante y atractiva, el *trabajo de campo* para llenar este hueco, para ejemplificar la teoría con datos y, en algunos casos también, para adaptar la teoría a los resultados de la pesquisa empírica. En los setenta, la época de referencia, había -independientemente de cualquier otra especificidad que se quisiera encontrar- una antropología que en buena medida se basaba en una teoría del desarrollo. Es decir, se concebía a la sociedad mexicana en particular y a las sociedades latinoamericanas en general como en una coyuntura que tenía antecedentes claramente definidos y que se dirigían hacia algo; este algo estaba más o menos claro y los obstáculos para llegar a él también. Incluso es posible que hayan estado más claros los elementos que se querían eliminar que la meta a la que se quería llegar. Algunos soñaban con una Suecia tropical y otros con una República Soviética democrática o algo así. Es decir, un tipo de organización social que combi-

nara lo mejor de los dos grandes modelos existentes; una sociedad altamente industrializada con un Estado que garantizara empleo y seguridad social para todos y, al mismo tiempo, fomentara la igualdad y la participación democrática de todos.

Si comparamos la época descrita con la de hoy, entonces es mucho más difícil encontrar este tipo de elementos en la antropología contemporánea. El largo debate sobre el llamado *Quinto Centenario* ha demostrado que a pesar del medio milenio de historia colonial e independiente específica que distingue esta región del mundo de todas las demás, la situación general no dista demasiado de la del Tercer Mundo restante. Por otro lado, la problemática desgarradora al interior de los países altamente industrializados -cristalizada en torno a la ecología, la democracia parlamentaria, el desempleo- ha demostrado que el modelo no funciona como se había prometido y esperado. Y los problemas que llevaron a la disolución del antiguo campo socialista y los que se generaron como su secuela, confirman este panorama.

En esta situación me parece radicar un aspecto central de nuestra crisis actual. Es decir, la falta de una teoría de desarrollo que dé cuenta de la particularidad de los países latinoamericanos dentro del conjunto mundial y que deje vislumbrar una dirección. En efecto, no se encuentra ninguna discusión actualmente sobre este tipo de cuestiones. Se estudian fenómenos de cambio social, es cierto, pero se trata de procesos de cambio social a corto plazo y de envergadura muy limitada; los estu-

dios que tienen que ver con el citado tratado trilateral, con fenómenos migratorios, con procesos electorales se ubican aquí. Pero a largo plazo, siquiera a mediano, no sabemos nada, no hay investigación ni debate. Una consecuencia de esto podría ser, que se hará cada vez más difícil estudiar el país en su conjunto, es decir, podría renacer de nueva cuenta aquella división social de trabajo disciplinario que adjudicaba a los antropólogos los estudios de micro-comunidades y determinados sectores sociales y a los sociólogos, economistas, politólogos y comunicólogos los fenómenos mayores. Aunque se ha señalado muchas veces lo erróneo de esta visión -por ejemplo, un autor frecuentemente citado a últimas fechas, ha insistido convincentemente en que nosotros no estudiamos pequeñas comunidades, sino que estudiamos en pequeñas comunidades<sup>4</sup> conviene recordarlo aquí. Si estudiamos la erosión de suelos en relación con la economía doméstica de unos rancheros, aspectos de la miserabilización en un barrio de determinada ciudad, la migración hacia la capital o al vecino país del norte, las prácticas médicas o jurídicas de un grupo indígena o una fiesta popular, no estamos estudiando solamente los pocos sujetos concretos bajo observación, sino que estamos estudiando al país en su conjunto e incluso al mundo entero de que forma parte, su situación actual y sus perspectivas a corto y a largo plazo.

¿No radica en esta falta una de las causas de la actual situación insatisfac-

toria -vvida por tantos como *crisis* de la antropología mexicana- es decir, una situación donde no se encuentra el modo de vincular el fenómeno concreto bajo estudio con *algo mayor*. Este *algo mayor* tendría que ser precisamente una teoría de desarrollo.<sup>5</sup>

### LA CAUSALIDAD DESVANECIDA

Un segundo elemento específico de la actual crisis se encuentra relacionado con lo anterior. La teoría de desarrollo mencionada estaba ligada a una idea clara de qué es lo que se debe esperar de la antropología. Esta era vista como una disciplina científica que establece relaciones entre causas y efectos. Se estudiaba la miseria en el campo, el caciquismo, las migraciones hacia las ciudades, las tomas de tierras en las zonas urbanas y se analizaban como efectos de ciertas causas, ya sea coyunturales o estructurales. En la mayor parte de las investigaciones antropológicas de los últimos diez años, no se observa mucho de eso. Muy pocas veces se afirman en estudios antropológicos, causalidades unívocas y/o necesarias: tal fenómeno es éste y así porque tal y tal elemento lo ha generado. Muy pocas veces se debaten modelos explicativos en este sentido. Esta me parece ser una de las características más sobresalientes del auténtico boom de estudios sobre los más diversos aspectos de tipo *superestructural* durante los ochenta. En ellas

<sup>5</sup> Podría hablarse también, aunque esta formulación tiene sus problemas aparte, de una teoría de la evolución.

<sup>4</sup> Geertz 1987: 32:33.

abunda la descripción y también se encuentran interesantes discusiones conceptuales, pero no se encuentra mucha información o demostración acerca de las causas de los fenómenos investigados.

Nuevamente hay que subrayar que indicar esta situación no conlleva necesariamente un juicio y mucho menos una descalificación. Simplemente se trata de describir lo que se está dando. Empero, deben plantearse una serie de preguntas. Así, por ejemplo, si la antropología se está volviendo una disciplina eminentemente descriptiva. En el peor de los casos podríamos estar regresando a cierto tipo de folclorismo, ácremente criticado en épocas anteriores de nuestra tradición disciplinaria. El hecho es que se estudian menos situaciones tan desgarradoras como el caciquismo rural o la sobrevivencia de los pobres urbanos o la lucha sindical, y no pocos opinan que temáticas tales como artesanías, universos simbólicos, rituales religiosos, instituciones educativas, costumbres curativas o cultura política resultan más interesantes y hasta exóticas. Y así, un estudio se agrega a otro y crece el número de volúmenes colectivos que contienen una serie de estudios sobre fenómenos semejantes y un prólogo general. Pero ¿Qué aprendemos de esta forma de producir conocimientos antropológicos sobre la sociedad mexicana y sobre a dónde va? Por lo menos debería plantearse esta pregunta.

## LA ORGANIZACION GREMIAL

El último punto digno de mención aquí se engarza con el inicio de este ensayo. Allí se afirmaba que la antropología no es solamente un conjunto de enunciados y de proyectos de investigación, sino que consiste también de las personas concretas e históricas que producen estos enunciados y llevan a cabo dichos proyectos de investigación. No se trata de personas cualesquiera, usualmente tienen *licencia* para hacer lo que hacen, y esta licencia la han obtenido como resultado de un proceso de enculturación a un gremio.

Hay quienes afirman que hace unos lustros los antropólogos no solamente se distinguían por sus planes de estudio y sus tesis de grado de otros científicos sociales, sino que en sus centros de formación y sus reuniones se podía observar incluso, la prevalencia de cierto tipo de indumentaria. Hoy esta identificación externa se ha reducido mucho y hay otros indicios de que hemos perdido algo de nuestra tribalidad de entonces. Pero lo curioso no son estos cambios en sí, sino que sobre este tipo de fenómenos haya tan poco debate sistemático y menos aún, estudios. Los antropólogos no analizamos nuestros propios eventos, ni nuestras instituciones. Tampoco analizamos nuestras revistas y demás mecanismos de los que disponemos para hacer difundir los conocimientos que generamos. Esto último se explica tal vez -podría decir algún malpensado- por el hecho de que con demasiada frecuencia escribimos más para alargar nuestro *curriculum* o



para obtener puntos en algún sistema de evaluación institucional que para comunicarnos con colegas u otros interesados en nuestros estudios pero el hecho es que casi nunca aplicamos nuestros instrumentos de análisis socio-cultural a nuestra propia actividad, nuestras instituciones y nuestro gremio.

Es fácil ver que la imagen de *la antropología en México* derivada de uno solo de sus factores constitutivos cambia en la medida en que se confronta con otras imágenes que privilegian otros de estos factores. Para hablar sólo de los que aquí se han mencionado: ¿Cómo se justifica seguir hablando de una crisis de la antropología, cuando sigue aumentando el número de centros y de programas de formación de antropología, de egresados, de publicaciones, de miembros del Sistema Nacional de Investigadores? Es cierto que no faltará quien afirme que todos estos criterios son meramente cuantitativos. Pero también hay indicadores de otro tipo. Hace veinte años, por ejemplo, la Universidad Iberoamericana era la única institución mexicana donde funcionaba un programa de posgrado en antropología, mientras que ahora existe una docena de maestrías y doctorados en diversas ciudades del país. ¿No es ésta una situación que, independientemente del nivel académico de cada uno de estos programas y de su profesorado y estudiantado, permite hablar de una cierta consolidación cualitativa de nuestra disciplina?

Por decir lo anterior de otra manera: si queremos hacer mejor antropología,<sup>6</sup> no solamente tenemos que definir con mayor precisión nuestros concep-

tos y afinar nuestras técnicas de campo, sino también tenemos que organizarnos mejor como gremio. Tenemos que encontrar mejores y más funcionales formas de organizar nuestras instituciones de investigación y de docencia, de intensificar la comunicación, de asegurar la información oportuna. Todos sabemos, por mencionar sólo un ejemplo relativo al último elemento mencionado, que la calidad de cualquiera de nuestros estudios depende fuertemente de la posibilidad de conocer otros estudios semejantes sobre la temática en cuestión. Pero ¿Qué hacemos para asegurar que podamos conocer estos estudios? Y claro, está, para mejorar la situación reinante, tendríamos primero que conocerla detalladamente. Así llegamos nuevamente a la necesidad de estudiar científicamente todos y cada uno de los aspectos de la misma antropología, hacer antropología de la antropología.

#### PARA FINALIZAR

Todos sabemos que esto es bastante fatigoso. Para no pocos antropólogos lo menos que les interesa es qué hacen los colegas, cómo y por qué; en todo caso les interesan, ante todo, los resultados de sus actividades. Esto empieza en la misma carrera, donde a menudo en los fatídicos talleres de *análisis de material* el único interesado en lo que se expone es el mismo expositor, mientras que los demás simplemente esperan

<sup>6</sup> Hay que hacer notar que como en todo lo anterior, seguimos tratando aquí solamente la antropología académica, sin preocuparnos de la antropología aplicada.

su turno para poder decir que en *su* pueblo todo es diferente... Pero también hay razón en esto, ya que, principalmente, nos sirven los resultados de las investigaciones de los colegas y muy poco los demás aspectos de éstas últimas a pesar de que el conocimiento de los diversos factores constitutivos de una investigación ayuda a comprender mejor los alcances de su resultado.<sup>7</sup>

La antropología es un proceso de producción cultural en el cual participamos con nuestras ideas y con nuestro tiempo, pero también mediante la forma en que establecemos relaciones con los demás miembros del gremio y en que contribuimos a conformar el gremio en su conjunto. Si hay numerosos colegas que experimentan la situación de la antropología en México como en *crisis*, entonces esta situación -y su solución- tendrá tanto que ver con paradigmas y teorías como con la forma de organización social de la misma antropología.

Esta forma de organización social no es algo *de la antropología* a secas, sino es, en buena medida, al menos, la que los antropólogos nos estamos dando. Depende, pues, mucho de nosotros mismos, si logramos crear revistas, donde no solamente se escribe, sino que circulan, se leen y se discuten, si logramos organizar eventos donde no solamente se presentan ponencias y se editan memorias, sino donde se debate y se aprende, si logramos conformar insti-

<sup>7</sup> Cabe señalar que el número 43 de *Nueva Antropología* reúne media docena de ensayos, donde autores de investigaciones antropológicas recientemente publicadas ofrecen información y reflexiones sobre diversos aspectos del proceso de producción de las mismas.

tuciones, donde se fomenta la participación académica general y donde se toman las decisiones más en base a argumentos y consenso y menos en base a lealtades y autoritarismo.

En este último aspecto se ve, que a pesar de ser muy diferentes entre sí los diversos factores constitutivos del proceso científico, confluyen en una cuestión importante: todos tienen que ver con la crítica. La ciencia es un proceso eminentemente crítico y esto significa que necesita una organización social (instituciones, eventos, publicaciones) donde se permite y se enseña, se fomenta y se confronta la crítica. En la medida en que esta crítica se dirige hacia los mismos críticos, se vuelve autocrítica. Realizarla como antropólogos, es decir, dirigiendo nuestra crítica científica no solamente hacia los enunciados, las teorías, el tipo de ciencia antropológica, sino también hacia nuestra misma organización social, convertirá esta y otras crisis -mayores y menores- en coyunturas fecundas para nuestra disciplina y para quienes podrían aprovechar el conocimiento científico generado por nosotros.

## BIBLIOGRAFIA

- Geertz, Clifford. *La interpretación de las culturas*. México: Gedisa 1987.
- Krotz, Esteban. "Historia e historiografía de las ciencias antropológicas: una problemática teórica". En: C. García M. coord., *La antropología en México*, v. 1: 113-138. México 1987: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

—comp. *El concepto crisis en la historiografía de las ciencias antropológicas.*

Guadalajara 1992: Universidad de Guadalajara.